



Family Life † Respect Life ARCHDIOCESE of NEW YORK

ESPERAMOS EN GOZOSA ESPERANZA

Reimprimido de "SERENITY MAGAZINE", Little Sisters of the Poor, Baltimore, MD

Como "Little Sisters of the Poor" (Hermanitas de los Pobres) ayudamos exclusivamente a los ancianos, y hemos tenido el privilegio de acompañar a cientos de ellos desde el momento en que entran a nuestra casa, hasta cuando, estando muy débiles, ellos entregan enteramente sus vidas al Padre. En ocasiones todo el proceso de acompañarles dura un par de meses, algunos otras, veinte años o más.

Las Hermanitas les damos apoyo, así cómo sus familiares, los empleados, los voluntarios, y otros residentes, que desean acompañarles. Hay momentos alegres y excitantes, cómo también otros marcados por la soledad, las dudas, y el dolor. En el transcurso de todo esto, los residentes reciben el siguiente mensaje, "No estás sólo!" Ellos saben que son parte de una gran familia y se sienten seguros.

En nuestras casas, nunca dejamos solos a los Residentes que se están muriendo. Las Hermanitas tomamos turnos, durante todo el día y la noche, para estar con ellos, para acompañarles en cada necesidad que tengan dándoles lo que deseen, y apoyándoles en sus creencias religiosas. Utilizando como medio la medicina paliativa de hoy en día, procuramos asegurarnos que cada residente se encuentre cómodo y sin dolor. Hay una paz profunda en su recámara. Se tienen sábanas floreadas, álbumes de fotos, su silla favorita, e imágenes religiosas. Si se tiene familia, está bienvenida al lado de la cama durante el día y la noche, participando en el cuidado de los residentes, si así lo quieren. Durante el día otros residentes entran y salen del cuarto. Es muy bueno verse rodeados por sus amigos en esos momentos, porque esto disminuye su miedo de morir. Esto es muy diferente de un cuarto de hospital u otro centro donde los que se están muriendo llegan a sentirse muy solos; la recámara del residente moribundo se transforma, como quien dice, convirtiéndose en esos momentos, en un lugar central de toda la casa.

El velar a un residente que está a punto de morir, es un don que recibimos de nuestro cuarto voto, sobre la hospitalidad. Esta vigilia que se lleva a cabo, la hacemos con el deseo de que sea para Jesús mismo. Por lo que es un privilegio el estar con nuestros residentes cuando empiezan a parecerse a Jesús durante Su pasión y muerte, y lograr darles apoyo en este momento de miedo y soledad. Oramos con ellos, y les atendemos, tratando de aliviarles los mismos sufrimientos que Jesús soportó: el abandono, el dolor, la dificultad de respirar, y la sed angustiosa. Aún cuando les llegue el momento de morir, les invade en ese instante una paz total – la paz que solamente Dios puede dar, con Su amor y Su misericordia.

En los cuentos siguientes, comparten algunas de las Hermanitas sus pensamientos, reflexiones, y años de experiencia en su acompañamiento a los ancianos hacia el portal del cielo.



En vista de ser una madre de almas, una Hermanita consideraba siempre el cuidado de los moribundos, como el punto más alto de su vocación. Concientemente, o inconcientemente, los residentes de nuestras casas van preparándose para el gran encuentro, y nosotras les acompañamos al final. Con todo y el ambiente alegre y tranquilo, la muerte y el estar moribundo, siempre está presente en nuestras casas, especialmente en las unidades de enfermería. Observamos tristemente cómo nuestros Residentes van haciéndose más dependientes y débiles en el transcurso de los años. Al final llega el momento en que la debilidad progresiva y la merma de energías presagian que el término de la vida está muy cerca. La meta durante este tiempo es siempre estar a su lado para ofrecerles consuelo al máximo. Cada vida es excepcional, y de alguna manera, cada muerte lo es también. Algunos residentes llegan a esta etapa sin saber lo que les está sucediendo, aunque al mismo tiempo están preparados para conocer a su Creador. Otros sí están conscientes, como el residente que me dijo, "Tengo de 4 a 6 meses de vida. Me estoy muriendo agradablemente." Algunos residentes, quienes quizás sean excelentes Cristianos y saben que se acerca su muerte, no quieren hablar o que se les recuerde esto. En esos momentos, tenemos, cómo Hermanitas que somos, que encontrar discretamente la mejor manera de hablarles. Un residente que está en la fase terminal y que sabe que el fin no está lejos, acepta tranquilamente estar en una jornada, y que en ese momento está pasando una fase importante de esa jornada. Él encuentra la esperanza y la paz en las palabras litúrgicas: "nuestra vida sobrelleva un cambio, pero no una terminación," y el saber que Cristo ha venido a nosotros para darnos valor, y para llevarnos a donde Él está. "Para que donde esté yo, estén también ustedes" (Juan 14:3). El amor, la empatía, la sensibilidad, y el cariño deben ser comunicados durante todo el proceso de morir para que el residente se sienta acompañado hasta el final. Es verdaderamente un tiempo sagrado al estarnos enfrentando con uno de los misterios más grandes de la vida. Por medio de nuestras palabras de esmero cariñoso, con breves oraciones, y toques sencillos, así cómo muchos otros gestos amorosos, estamos al lado de ellos. —Hna. A.



Durante los años que tuve la gracia de servir como Ministro Eucarístico, medité muchas veces cómo esta actividad complementa a mi vocación de ser una Hermanita de los Pobres. Como Ministro Eucarístico, toqué al Cuerpo de Cristo en el Santísimo Sacramento; en mis votos, ahora toco al Cuerpo de Cristo en la persona de un pobre anciano. Cuando los cuerpos de los ancianos se acercan al momento de su muerte, la vigilia, que les otorgamos al permanecer con ellos al lado de su cama, nos impugna, como Hermanitas, para vivir al máximo la dimensión



Family Life † Respect Life ARCHDIOCESE of NEW YORK

contemplativa de nuestra vocación. En este momento, estamos mirando a Cristo vivir su pasión y muerte en la persona anciana quien está reponiendo por medio de su cuerpo "lo que no hubo en la pasión de Cristo."

Yo me encuentro invadida de una gran reverencia en lo que respecta a la santidad de este momento. Aunque ya haya asistido a la muerte de varios residentes, la experiencia siempre es nueva, porque la vida individual que está finalizando, es única. Muchas veces los familiares están también al lado de la cama, y por su conversación tengo el privilegio de entender un poco de la vida anterior de esta persona antes de haberla conocido en su final.

El anciano, con frecuencia parece no responder cuando la muerte se acerca, pero esto nunca nos puede llevar a asumir que él no puede oír, sentir, o continuar creciendo en la vida de gracia. Yo les digo a sus familiares que continúen hablándole, que le tomen de su mano. Es importante orar en voz alta las oraciones con las que están familiarizados, balanceándolas con períodos de silencio durante los cuales, en unión con la pasión de Cristo, se ofrecen éstos últimos momentos de vida del residente. Haciendo la señal de la Cruz en la frente, con una gota de agua bendita, se repite algo que él ha hecho muchas veces durante su vida. El motivo de la presencia de la Hermanita es el orar, sin olvidar pedirle a Dios todas las gracias que el residente necesite para prepararse a entrar a la vida eterna.

Sin embargo, considero que el papel de una Hermanita al auxiliar al residente para que se prepare para una muerte santa y llena de paz, empieza en el momento que él llega a vivir a la casa. Al mismo tiempo que una Hermanita empieza a conocer al residente y se desarrolla un vínculo de confianza entre ambos, ella descubre las áreas de su vida que necesitan sanación. En ocasiones hay algún pecado de muchos años atrás, o puede ser un alejamiento dentro su familia que le impide una muerte tranquila si no se resuelve. Una vez auxilié a una hermosa mujer que me confió en su lecho de muerte que estaba atormentada con el pensamiento de que había tenido un aborto hacía muchos años. Llamé a la parroquia cercana porque nuestro capellán no estaba, y vino el Padre de inmediato (nunca me olvidaré de su nombre: el Padre Darling [*Querido*]). Después de haber oído su confesión, Anna obtuvo una gran paz, que no fue perturbada hasta su muerte.

Siempre que sea posible, están todas las Hermanitas de la casa en la recámara del Residente en el momento de su muerte. Oramos en voz alta, cantamos, y apoyamos a los familiares, si es que están presentes. Otros residentes y empleados se unen a nosotros cuando el residente entra a la vida eterna. Hay entonces gran pena y dolor — pues se llega a amar los Residentes y a sus familiares — pero a la vez, hay alegría y una paz profunda. Pues ¡ahora tendremos otro intercesor que seguramente no nos olvidará! —Hna. M.

.....

Como una Hermanita de los Pobres, he rezado al lado de muchos residentes que han muerto. Ya sea que se han ido tranquilamente o después de un largo tiempo

de enfermedad y sufrimiento, ellos se mostraban transfigurados teniendo un resplandor interior, estaban bellamente radiantes en esos últimos momentos; recuerdo las palabras de una de las Hermanitas de hace muchos años: "¡Nada más piénsenlo! Las últimas personas que ven en este mundo, son los que se encuentran a su lado en el momento de morir. Cuando cierran sus ojos al momento de morir, los abren para mirar a la cara de Dios cuando Él les invita a la vida eterna. Ellos recuerdan las personas que les cuidaron en el mundo, y hablan a Él de esas personas. ¡Nos acercan al cielo, y acercan el cielo a nosotros!" Sé que soy testigo del momento más importante de la vida de un anciano: el momento justamente antes de cuando él abrirá sus ojos para mirar la cara de Dios y oír las palabras de bienvenida: "Bien hecho, buen y fiel siviente... ¡recibe la alegría preparada para ti desde todo la eternidad!" —Hna. E.

.....

Cuando el tiempo de morir se acerca, las fronteras entre el cielo y la tierra parecen hacerse borrosas. Tenemos la tradición de colocar una vela encendida en la mano de un residente al respirar la última vez. De esta manera se revive el pasaje de las Escrituras de las vírgenes prudentes teniendo sus lámparas encendidas cuando el Señor les llevó con Él. —Hna. J.

.....

El deseo que brota del corazón del hombre ante el supremo encuentro con el sufrimiento y la muerte, especialmente cuando siente la tentación de caer en la desesperación y casi de abatirse en ella, es sobre todo aspiración de compañía, de solidaridad y de apoyo en la prueba. Es petición de ayuda para seguir esperando, cuando todas las esperanzas humanas se desvanecen. Como recuerda el Concilio Vaticano II, 'ante la muerte, el enigma de la condición humana alcanza su culmen' para el hombre; y sin embargo 'juzga certeramente por instinto de su corazón cuando aborrece y rechaza la ruina total y la desaparición definitiva de su persona. La semilla de eternidad que lleva en sí, al ser irreductible a la sola materia, se rebela contra la muerte.'

Esta repugnancia natural a la muerte es iluminada por la fe cristiana y este germen de esperanza en la inmortalidad alcanza su realización por la misma fe, que promete y ofrece la participación en la victoria de Cristo Resucitado: es la victoria de Aquél que, mediante su muerte redentora, ha liberado al hombre de la muerte, 'salario del pecado' (Rm 6, 23), y le ha dado el Espíritu, prenda de resurrección y de vida (cf. Rm 8, 11). La certeza de la inmortalidad futura y la *esperanza en la resurrección prometida* proyectan una nueva luz sobre el misterio del sufrimiento y de la muerte, e infunden en el creyente una fuerza extraordinaria para abandonarse al plan de Dios. —Juan Pablo II, *Evangelium Vitae*, N° 67.

Las Hermanitas de los Pobres han atendido a los ancianos pobres de la Arquidiócesis de Nueva York desde 1870. Su residencia "Jeanne Jugan" se encuentra en el Bronx.